

á abrir su corazón á las sensaciones de humanidad, no podrian resistir sin morir el furor de los combates. ¿Y que enemigos las opondriamos? ¿Los hombres? ¡Ah! El amor las haria caer al instante las armas de la mano: La fuerza venceria en el ardor del combate, y la astucia prepararia la paz. ¿Otras mugeres? la compasion las desarmaria. Solo es furioso y enemigo verdadero, el individuo contra el individuo en este sexo, quando el amor la hace disputar un mismo objeto.

... Pero las historias nos hablan de Amazonas, de naciones enteras de mugeres guerreras, de heroínas de valor y audacia militar: mas son exemplos, y los exemplos prueban que es singular y raro. Hallamos hombres afeminados que parecen tener un alma mugeril, pero no son todos. Del mismo modo debemos hallar, se han hallado y se hallan mugeres fuertes, dotadas de un alma, de un corazón varonil; pero son raras. La excepcion supone que la regla no es general. Y el exemplo de las Amazonas, de las Juanas d'Arc, de las Semiramis, de las Margaritas, y de otras, prueba que las disposiciones marciales no son comunes en el bello sexo.

¿Pero que importa que el valor y la fuerza sean propias del hombre, si la astucia de la muger, ó por mejor decir su pasión le rinde y sujeta? Todo el mundo tiembla delante del hombre, este cede á la muger, debil si en fuerzas, pero ¡Ah! fuerte y poderosa en gracias y en alhagos. Alexandro conquista el imperio: el Asia, tiembla á sus pies, pero el tiembla á los de Roxana. Hercules sujeta á los monstruos, vence á los malvados. Infeliz: te livertaste de los combates, en la peste de los peligros te hiciste invencible, cedió todo al esfuerzo de tu brazo, y tu cedés á un pequeño niño ciego y desnudo.